

Presentación de *Causa y consentimiento*, Jacques-Alain Miller

Asistimos una vez más en este Curso de Jacques-Alain Miller, -publicado en castellano en setiembre de 2019-, a la manera lógica, insidiosa y paulatina en que va trabajando los conceptos freudianos y lacanianos. Quizá pueda decirse que es uno de los cursos donde por momentos la complejidad se hace más manifiesta, pero por ello más llama a la lectura. Como él mismo afirma al inicio “me remito no a lo que sé, sino a lo que en verdad ignoro. No es sólo porque lo fácil me aburriría, sino porque voy a lo que se me resiste. Es un hecho. Si alguna inclinación tengo, es la que me dirige a lo difícil; una inclinación hacia lo que evito. Dicho de otro modo, me esfuerzo por poner en la mira lo que esquivo, lo que creo haber esquivado hasta el momento.” Una lección acerca de lo que se espera de un analista sin duda: de ir hacia lo más difícil de afrontar de cada uno y que conlleva el recorrido de un análisis, para saber de lo que se trata cuando la tarea de guiar a otro en ese trayecto lo convoque.

En estas primeras páginas ya anticipa lo que luego veremos se corrobora a mi gusto en la figura retórica, aunque no lo diga, del modo de avanzar en el curso. Esa figura no dicha es la de Aquiles y la tortuga. “Yo estaba en mora -confiesa-, no me daba cuenta porque creía estar en mi morada; sólo estaba demorado. La partida que se juega va a calcularse para mí entre mi ignorancia abismal, insondable, y los acreedores, aquéllos que me dan crédito. Debo permanecer más acá de mi ignorancia y ubicarme un paso adelante del saber de ellos, a fin de poner en movimiento ese saber e intentar agujonear en el lugar correcto. (...) en los mares de esta nada de la ignorancia tengo el sostén de la transferencia con Lacan. A éso me aferro.” El mismo movimiento es el que implica esforzarse en entender ciertos conceptos y el desmembramiento de esa lógica a la que debemos abocarnos en su lectura. Es este paso adelante el que referirá que está Freud con respecto a Lacan, sobre todo en la época en que escribe el Informe de Roma y su concepción del análisis de la historia subjetiva “vivida como...” El tiempo (lógico) que se tomará Miller para dar cuenta de la transformación que implica pasar de esa concepción a la de la relación del sujeto con su propio dicho, nos aproxima a la elaboración lacaniana como el esfuerzo permanente por dar cuenta del psicoanálisis y de lo que en esa experiencia ocurre. Entenderemos entonces la metamorfosis del sentido y lo que implica la idea de *causalidad psíquica* en esos primeros tiempos en Lacan, donde lo fundamental es la palabra como *pacto simbólico* en la constitución subjetiva. Ese cambio del *sentido* de una “historia primaria” que el sujeto reconstruirá en el análisis implica deshacerse de a poco para Lacan de la locura (concepción de su tesis) como libertad. Aquí tenemos ese complejo problema de la *Behajung* freudiana y la represión: esos tres tiempos que Miller desarrolla a partir del caso del Hombre de los lobos merece un detenimiento paciente por parte del lector. La psicosis será entonces (y el caso del Hombre de los lobos en particular) una referencia permanente en este curso. Lo será para poder entender qué significa la idea de *elección de neurosis* en Freud, otra de las ideas que creemos tener aprehendidas y que a partir de estas lecciones comprobamos que no.

Pero ¿por qué afirma Miller que Freud está adelantado en esta partida con respecto a Lacan? Lo afirma porque en dicha partida es *Lacan contra Lacan* que tenemos que confrontar y pensar que “el excedente de libido, *sexuelleüberschuf*, freudiano” de la carta 46 ya anticipa el plus-de-gozar que Lacan conceptualizará mucho después, cuando tome dimensión de ese real del cuerpo y los efectos que eso conlleva para el sujeto. *Sujeto* que será *cuestionado* en todas sus facetas posibles por un Miller que, insisto, es insidioso por su insistencia: es como si anticipando el efecto que sus clases producen en el auditorio, promoviera todo el tiempo el esfuerzo que no siempre estamos dispuestos a realizar para entender algo. Y aún cuando el desarrollo de los conceptos tratados con tanta rigurosidad nos haga pensar que es todo muy abstracto, y por ello nos agota, siempre llega el “golpe de realidad” que nos topa con la iluminación de que se trata de problemas clínicos. Como cuando refiere el “fraude” en la histeria o la “deuda” en la obsesión; o también el “Tú existes para mí...tanto que gasto energía en pegarte” cuando tome el fantasma “Pegan a un niño”, en tanto “comunicación semántica entre acto sexual y golpe”, o sea la oposición significante/significado.

Así, la *causalidad* implica comprobar que la misma está desde el inicio de las *entrevistas preliminares*, ya que al recibir a un sujeto éste nos manifiesta su malestar respecto de algo de lo cual desconoce su causa: el *síntoma analítico* es aquéllo cuya descripción aparece en el discurso bajo la forma de “no sé por qué...” El analista vendrá al lugar del sSs saber sobre esa causa, causa escondida

cuyo “referente latente es el objeto *a*”. Por supuesto, delimitarlo llevará toda la cura. A ese “no sé...” inicial del neurótico afirma Miller Freud le responde “Sí, lo sabes...sin saberlo”. Esta es la operación analítica freudiana que cerca el lugar del sujeto del inconciente en la experiencia analítica y supone la “falla entre el efecto y la causa”. En esa distancia entre el efecto y la causa situará Lacan la *hiancia* que permite deducir la “*insondable decisión del ser*” y que Freud llamó *elección de la neurosis*. En este punto deducimos el *consentimiento*, que es lo que hace pareja con la *causa* (que a su vez tiene relación con la *Cosa*) y que sitúa el polo del sujeto, en ese esquema de la *alienación/separación* del Seminario 11. Este *consentimiento* tendrá su origen en la *behajung* que situó Freud como constitutivo del aparato psíquico, el *juicio de existencia* que permite la *simbolización* del mundo y divide aguas entre neurosis y psicosis. Pero además es lo que verificaremos en el análisis, cuando en el transcurso de la cura el sujeto *consienta* en esas idas y vueltas necesarias para ubicar el *S1* que él fue para el Otro y que promueven la caída de las identificaciones que formaron su constelación fantasmática. En éso que el sujeto fue para el Otro, donde la pregunta por el deseo halla su carril y puede articularse, los ejemplos en la historia de “¡No alcanza!...” que da Miller respecto de su insatisfacción y de “¡Basta! ¡No doy más!...” de la obsesión en su imposibilidad de satisfacer la demanda del Otro, a cuyo servicio se pone, son de por sí suficientemente ilustrativos y tienen la propiedad de demostrar en un *gesto* toda una estructura libidinal y una operatividad en funcionamiento.

Tenemos una *cuestión* en este sentido fundamental, y es justamente “la cuestión del sujeto”, que alude tanto al título del texto de Lacan *Del sujeto por fin cuestionado*, como a la idea de que *cuestión* es problema, interrogante. El sujeto será entonces lo que se representará a lo largo de las elaboraciones sucesivas de estas clases como lo *discontinuo*, en cuyo trayecto pasará de la *discontinuidad* como lo que irrumpe en la vida de un sujeto y que puede iniciar un análisis en tanto no puede reintegrarse en una continuidad, lo que muchas veces se intenta describir como “lo que conmueve el fantasma”, esa fórmula que en determinado momento deja de funcionar y produce un desequilibrio. Esa discontinuidad que marca el síntoma entonces, vemos que pasa a definir al sujeto mismo: lo que Lacan en sus últimos seminarios llamó *la estructura* del sujeto, -haciendo para ello los malabares que caracterizaban el uso que hacía de la topología-, intentaban *realizar* esa idea. El “soy en el lugar del goce” es la definición del sujeto en esa vertiente de lo real como satisfacción pura de la pulsión, el reconocimiento de ese ser de goce. Pero también es en el *final del análisis* (otra dirección que habría que *cuestionar*) lo que posibilitará al analista verificar si el sujeto ha *consentido* a deshacerse de las vueltas de sus identificaciones (caídas) y en función a ello *decidir* si cambia de posición respecto de la *causa*, “cuando el significante no puede decir más, cae; deja de tener eficacia y por lo tanto se produce la *destitución subjetiva*”. Este concepto se nos aparece aquí con una luz distinta, ya que no concierne como solemos afirmar a la destitución del lugar del analista en ese fin de análisis aludido (como posible), sino que concierne al sujeto mismo en tanto destitución de esa continuidad que implicaba su sujeción a los *S1* que comandaron su vida. Entonces, finalmente, tendrá que demostrar que si “no fui otra cosa que lo que el Otro quiso”, soy “llamado a reconocer *si quiero lo que deseo*”. En lo cual, en tanto “reconciliación con aquéllo que era intolerable” (su goce desconocido), habrá un cambio de posición subjetiva que implique otra relación para con el deseo y su causa.

Liliana Goya.

Agosto de 2020.-